

AQUINO, Emigdio, *José Carlos Mariátegui y el problema nacional*, México, UDUAL, 1997, 236 páginas.

El libro que reseñamos está basado en una prolija investigación, realizada en el Perú, durante una beca de investigación en la Universidad Nacional de San Marcos. Para realizarla, el autor estableció contactos y relaciones con una generación de mariáteguistas que, alrededor de la familia Mariátegui y Empresas Editora Amauta, mantienen en el Perú y en el extranjero el interés por el estudio de la vida y la obra de José Carlos Mariátegui. Su autor, el historiador mexicano Emigdio Aquino, profesor de la Universidad Autónoma de México, no sólo ha contado de esta manera con acceso a importantes fuentes documentales y testimoniales, sino que también estuvo en el Perú en un momento muy importante para los estudios sobre José Carlos Mariátegui: la conmemoración del centenario de su nacimiento, celebrada en 1994. Cabría destacar, dentro de lo señalado al respecto de nuestro autor, que en los últimos años el centro de la producción de investigaciones acerca de la vida y obra de José Carlos Mariátegui ha girado del Perú hacia Europa y algunos de los más importantes países de América Latina. Este libro se inscribe, pues, al interior de este cambio de centro.

El libro está compuesto en total por cinco capítulos. El primero está dedicado al «Marco Histórico del Perú»; el segundo a «El marxismo, Mariátegui y el problema nacional»; el tercero a «El problema Nacional en el Perú»; el cuarto a «La vigencia de Mariátegui»; y, finalmente, el quinto a las «Conclusiones». El libro también cuenta con cuatro anexos que ayudan a ilustrar al lector no especializado sobre algunas de las tesis en él sostenidas; los integran la transcripción de los Principios Programáticos del Partido Socialista y el testimonio de Eliseo García, colaborador de Mariátegui, realizado por el mismo Aquino, así como una cronología sumaria de la vida y obra de Mariátegui.

Respecto del primer capítulo, Aquino hace un repaso de la historia peruana desde el fin de la guerra del Pacífico, en 1883, hasta la muerte de Mariátegui en 1930. Concretamente, por un lado desarrolla la evolución económica y política del Perú y, por otro, su evolución intelectual y social, agrupándolo todo en tres acápites. En el primer caso realiza una periodificación en tres momentos: 1883-1895, que abarca al Tercer Militarismo; 1895-1919, conocido como la República Aristocrática; y 1919-1930, correspondiente al oncenio de Leguía. En el segundo hace un seguimiento de los intelectuales más representativos y sus ideas, y estudia cómo evolucionó la organización de los trabajadores peruanos.

En el segundo capítulo se hace un recuento del contexto internacional y latinoamericano en el que se enmarcan los escritos de Mariátegui, así como una formulación acerca

de lo que se define como «Problema Nacional», uno de los temas sobre los que volveremos más adelante. Respecto al tercero, es el capítulo central de la investigación en donde Aquino desarrolla y analiza las principales tesis de Mariátegui acerca del «Problema Nacional»; en cinco de sus cuatro acápite se estudian los problemas centrales de los planteamientos mariáteguianos: el problema indígena y campesino; el carácter dual de la sociedad peruana; la polémica con otros planteamientos acerca del problema nacional; y la apuesta de Mariátegui por un Perú integral. En el capítulo cuarto se hace una valoración general de las propuestas de Mariátegui a través del análisis del problema de la vigencia de sus planteamientos. Por último, en el quinto capítulo se aportan las conclusiones de la investigación.

En cuanto a los aportes de la investigación de Aquino, queremos resaltar ciertos aspectos importantes, algunos de los cuales han sido dejados de lado por muchos investigadores de la vida y la obra de Mariátegui y que podemos resumir en una idea fundamental: la perspectiva integral del proyecto socialista de Mariátegui. En primer lugar, que este autor no sólo analizó la realidad peruana, lo que ha dado lugar a algunas interpretaciones acerca del carácter «nacional» del socialismo de Mariátegui. Como muy bien nos recuerda Aquino, Mariátegui ubicó el problema nacional del Perú dentro de contextos más amplios: la situación internacional, donde realizó importantes análisis acerca de la realidad europea (España incluida) y los países colonizados, especialmente de Asia; y la realidad latinoamericana, en particular los referidos a los problemas de la identidad y la cultura, resaltando los lazos que los unen, pero también los que los dividen.

En segundo lugar, resaltar al problema indígena y el problema agrario como central en su formulación del problema nacional del Perú. Desde su perspectiva marxista, Mariátegui consideraba que el campesinado indígena, en tanto trabajador, tenía un papel fundamental al lado de la clase obrera en el proyecto socialista. Esto que ahora podría ser evidente, en el Perú de entonces no lo era. En tercer lugar, el carácter integral del proyecto de Mariátegui. Contrariamente a una visión muy difundida, Mariátegui no era un «indigenista»: planteaba que para que el Perú dejara de ser una nacionalidad en formación, la tradición indígena debía ser incorporada a cualquier proyecto de construcción nacional al lado de la tradición española y de la tradición republicana (o criolla). Fórmula que sería recogida por José María Argeueedas, quien la resumió en su célebre frase «Un Perú de todas las sangres». Mariátegui, pues, no rechazó el aporte de las otras tradiciones históricas existentes en el Perú, sino que resaltó la necesidad de incorporar la tradición indígena a la cultura existente. Es en este sentido que Mariátegui encuentra puntos de encuentro con algunas posiciones indigenistas, pero esto no lo convierte en un indigenista. En cuarto lugar, el rescate de un concepto de suma importancia para entender el carácter integral del proyecto nacional de Mariátegui: el de tradición. Mariátegui distingue por ello entre «pasadismo» y «tradición». El primer término es concebido como algo ya establecido e inmutable, y que ha llevado a muchos nacionalismos a planteamientos «esencialistas» de la nación, que en el caso peruano se expresaba en las posiciones de los intelectuales de la generación del 900 que Mariátegui critica. El segundo, en cambio, es concebido como algo móvil y cambiante, que se desarrolla a partir del proceso histórico de cada país. Es en ese sentido que Mariátegui habla, insistimos, de una «nacionalidad en formación», ya que la tradición indígena no había sido incorporada a la «tradición nacional».

Como balance general, podemos señalar que se trata de un libro bien logrado y prolijamente desarrollado, y que da aportes importantes para la continuación del debate tanto

acerca de los planteamientos de José Carlos Mariátegui como de su importancia para el análisis de los problemas contemporáneos de América Latina en el actual contexto internacional. Aportes que hemos resaltado en las líneas anteriores. Pero como toda obra que aporta al debate, queremos también señalar algunas discrepancias y matizaciones a sus planteamientos.

En primer lugar nos referiremos a las características de la obra de Mariátegui, y seguidamente a las bases teóricas y metodológicas de la investigación. En cuanto a las características de la obra del pensador peruano, habría que resaltar que se trata de trabajos formulados desde el periodismo y la ensayística. Nada más lejos de las intenciones de Mariátegui que realizar una obra con el fin de formular un cuerpo cerrado de doctrina. Como él mismo señaló en los *Siete Ensayos*, no consideraba que sus planteamientos estuvieran terminados, y habría que volver sobre ellos cuantas veces fuera necesario para desarrollarlos. La impresión que da la investigación de Aquino es que Mariátegui hubiera dejado formulado un *corpus* teórico que pudiera ser resumido y utilizado como una metodología a seguir. Mariátegui no sólo tenía una concepción heterodoxa del marxismo, sobre cuyo tema Aquino no se detiene, sino además alejada de todo cientificismo propio tanto del socialismo socialdemócrata como del marxismo soviético. No hace alusión, por ejemplo, a influencias incómodas para cualquier marxismo ortodoxo como las de Sorel o Bergson. Más bien presenta al marxismo de Mariátegui como una continuidad lineal de las obras de Marx, Engels y Lenin, que están obviamente presentes en la obra de Mariátegui, pero no son las únicas. En ese sentido, no se recogen los aportes de algunos importantes mariáteguianos, como por ejemplo los escritos de Alberto Flores Galindo, que constantemente resaltó el carácter antidogmático de la obra de Mariátegui, lo que le llevó a polemizar con la Tercera Internacional o el Comintern. Es en ese sentido que debe entenderse la vigencia de la obra de Mariátegui: como una obra abierta que debe ser continuada con la misma creatividad con que él la hizo para interpretar la realidad peruana y transformarla.

En cuanto a las bases teóricas y metodológicas de la investigación, es claro que ésta se inscribe por un lado en la tradición marxista y, por otro, dentro de la teoría de la dependencia, perspectivas que no son cuestionables en sí mismas pero que plantean problemas en el campo de la teoría y la metodología. En cuanto a lo primero, el problema central es el de seguir caracterizando a las clases sociales y a los intelectuales como sujetos homogéneos que se comportan en función de sus inmediatos intereses de clase. La realidad es siempre más compleja, y por ello aplicar este esquema al problema nacional lleva a caracterizar tanto a los partidos políticos y a los intelectuales de «nacionales» y de «antinacionales». Es desde esta perspectiva que los debates de Mariátegui con intelectuales como Víctor Andrés Belaúnde o Haya de la Torre no son entendidos en su complejidad. En cuanto a lo segundo, también se ve patente en el análisis del problema nacional con respecto al imperialismo, en donde las clases dominantes son percibidas como meros títeres de las grandes potencias internacionales. Por otro lado, respecto al problema nacional mismo implica asumir un enfoque donde la nación es sólo resultado de una revolución burguesa y del desarrollo del capitalismo, procesos que debieron haberse producido con la independencia a principios del siglo XIX. De esta manera, se sigue una concepción lineal de la evolución histórica cuyo modelo se basa en los procesos de construcción nacional de Europa occidental. Que este enfoque no es asumido por Mariátegui es claro cuando analiza la complejidad de la realidad peruana, donde el desarrollo del capitalismo no había implicado la desaparición de estructuras no capitalistas sino que más bien las había repro-

ducido. También se expresa en que la base del proyecto socialista de Mariátegui era recuperar la tradición comunitaria de las comunidades campesinas, tema tampoco tratado en el libro, y que fue asimismo punto de fuertes debates no sólo con la Tercera Internacional sino también al interior del propio Partido Socialista. Desde una perspectiva modernizadora, el campo y la comunidad campesina representaban el atraso del país y debían desaparecer. Mariátegui más bien planteaba recuperarlos para el proyecto socialista. ¿Es este planteamiento hoy vigente?

Estos comentarios no quieren desmerecer de ninguna manera los aportes del libro, sino, como señalábamos anteriormente, continuar con un debate que sigue abierto y que es siempre bienvenido.

Ricardo PORTOCARRERO GRADOS
Pontificia Universidad Católica del Perú

BÖTTECHER, Nikolaus y HAUSBERGER, Bernd (editores), *Dinero y negocios en la historia de América Latina. Geld and Geschäft in der Geschichte Lateinamerikas. Veinte ensayos dedicados a Reinhard Liehr*, Frankfurt am Main y Madrid, Vervuet-Iberoamericana, Bibliotheca Ibero-Americana, 2000, 552 páginas, índice general y de autores, gráficos, cuadros, mapas y bibliografía, prólogos de Nikolaus Böttecher y Bernd Hausberger y de Günter Vollmer y datos biográficos y bibliografía de Reinhard Liehr.

Reseñar un trabajo colectivo es siempre una tarea complicada, pero más aún en el caso que nos ocupa. Bajo un título tan amplio como *Dinero y negocios en América Latina*, Nikolaus Böttecher y Bernd Hausberger reúnen una veintena de artículos muy distintos; acerca de problemas, áreas o países, y momentos históricos muy diferentes; tan diferentes como las metodologías y presupuestos teóricos usados por los autores para abordarlos. Con esos precedentes, es obvio, pero a la vez necesario señalar que la obra, al igual que cualquier otra de este tipo, incluye estudios de muy diversa calidad. La razón de la compilación, además, no es estrictamente temática, al menos no solamente, sino rendir homenaje a la labor del historiador Reinhard Liehr, lo que tampoco ayuda a su unidad y coherencia. A ello hay que añadir, finalmente, que haber optado por incluir los textos en cuatro idiomas —castellano, alemán, inglés y portugués—, dificulta también el acceso a la totalidad de sus contenidos a la mayoría de los lectores interesados en los temas tratados.

No obstante lo dicho anteriormente, *Dinero y negocios en América Latina*, aparte del indudable valor que algunos de sus artículos tienen para el conocimiento de ciertos temas específicos tratados en el mismo, es interesante como muestra del tipo de problemas que atraen actualmente la atención de los historiadores de la economía latinoamericana, y de las teorías y métodos de trabajo e investigación en uso. Aunque con ciertas limitaciones que exponemos a continuación, en mi modesta opinión, la obra ofrece una visión bastante completa del panorama historiográfico, fundamentalmente para el estudio de algunas cuestiones, como la historia empresarial, del comercio internacional o de las instituciones económicas, aunque particularmente centradas en el área novohispana colonial y mexicana independiente.

Acercas del valor muestral de la compilación de Böttecher y Hausberger es necesario decir también que incluye otras dos limitaciones. En el orden estrictamente espacial, a pesar de la mencionada concentración temática en el área del antiguo Virreinato de la Nueva España, incluye artículos acerca de áreas y/o países como Perú, Venezuela, Bolivia, Paraguay, Cuba o Brasil, pero también excluye completamente otros, algunos de enorme importancia intrínseca e historiográfica, como la Argentina. La segunda limitación es la ausencia de los estudios que emplean métodos econométricos para mejorar el conocimiento del pasado; procedimientos muy poco habituales en la investigación tradicional sobre las economías latinoamericanas, pero que en las últimas décadas están generando trabajos muy interesantes.

El libro comienza con una introducción de los editores y una especie de prefacio a cargo de Günter Vollmer acerca de la obra de Liehr, al que sigue una relación de sus trabajos y datos biográficos más importantes. Como corolario, además, la compilación concluye con un ensayo de Horst Pietschmann sobre la «Globalización y mercado de trabajo: la perspectiva del historiador de larga duración», en el que el autor apunta algunas conclusiones que ofrece el estudio de la historia para explicar el actual y controvertido problema de la mencionada globalización. Pietschmann señala que la único modo de superar el nivel de decisión político-económico nacional es la agrupación internacional de países, especialmente con criterios regionales, pero que para ser practicables, dichas agrupaciones deben realizarse teniendo en cuenta los problemas nacionales y, particularmente, las demandas sociales internas de los Estados que las forman.

Además, del ensayo de Pietschmann, *Dinero y negocios en América Latina* incluye otros dos artículos, los firmados por Enrique Otte y Mariano Torres Bautista, muy diferentes del resto de los trabajos del libro que, de un modo u otro, es posible agrupar en grandes bloques temáticos, en función de su objeto de estudio. Otte estudia «La mujer de Indias en el siglo XVI». Básicamente, el autor comenta la historiografía, el estado de la cuestión y las fuentes disponibles para la investigación de un tema que ha merecido poca atención hasta el momento. Torres Bautista, por su parte, analiza «La valorización del patrimonio cultural. El caso del patrimonio industrial en América Latina»; es decir, las posibilidades que ofrece la infraestructura concebida en su momento con propósitos productivos y ahora en desuso por distintas razones, para albergar y potenciar actividades de carácter social y cultural, que en su opinión son enormes.

La mayor parte de los trabajos compilados en el libro, como señalamos anteriormente, se dedican al estudio de la Nueva España o México. Dos de ellos, además, abordan problemas relacionados con la producción y el comercio del cacao: Ursula Thimer-Sachse, «Wer war oder ist der 'Señor del Cacao'. Kakaobohnen als währung im Vizekönigreich Neuspanien», y Günter Vollmer, «Über den wechsellkurs von cacaobohnen und den preis der schokolade. Ein mexikanisches problem». Otros dos artículos se dedican a aspectos relacionados con la minería: Eduardo Flores Clair: «Utopía y realidad. Proyectos para financiar la minería novohispana (1777-1783)», y Brígida Von Mentz, «La organización y el abasto de insumos de una empresa minera en Zacatecas al fines del período colonial e inicios del independiente». Los capítulos firmados por Antonio Ibarra, «El Consulado de Comercio de Guadalajara, 1795-1821. Cambio institucional, gestión corporativa y costos de transacción de la economía novohispana», y Jorge Silva Riquer, «Mercado y comerciantes de la ciudad de México, 1830-1840», como sus títulos indican, se interesan por temas comerciales, esencialmente del mercado interno de las grandes ciudades mexicanas,

aspectos que también definen el contenido del texto de Rosa María Meyer Cosío sobre «Francisco Iturbe: del comercio local a las finanzas nacionales, 1809-1861», aunque éste último indaga sobre un caso personal concreto. Finalmente, un octavo trabajo dedicado al Virreinato novohispano es el de Bernd Hausberger, titulado «Ein silberayfkäufer macht bankrott. Anmerkungen zu kredit, schulden und preisen im nordwestlichen Neuspanien».

Los problemas relacionados con el marco institucional, que han merecido mucha atención en las últimas décadas y cuyo estudio se reforzó tras la concesión del Premio Nobel a Douglass C. North, y la historia empresarial, esencialmente casuística, y generalmente en relación con el tema anterior, son los asuntos más abordados en la compilación. Flores Clair, por ejemplo, piensa que las necesidades de capital de la minería novohispana en las décadas de 1770 y 1780 provocaron un proceso de concentración de las compañías, pero también hicieron patente la urgencia de reformas institucionales que modificasen el rígido monopolio de la Corona, algunas de las cuales se realizaron con relativo éxito. Von Mentz, por otro lado, analiza una firma minera de Zacatecas en los años finales del dominio español, y destaca la eficiencia de su funcionamiento, lo que pone en tela de juicio algunos tópicos habituales en la historiografía sobre el sector, como las dificultades que para una buena gestión implicó el absentismo de los propietarios, muy común en esa actividad productiva, o la corrupción administrativa y los sobornos, práctica normal que no siempre fue en detrimento de dicha eficiencia y sobre la que se han realizado muchas afirmaciones con poco fundamento.

Analizando la figura y la trayectoria de Iturbe, Meyer Cosío, destaca también las dificultades de índole institucional que tuvieron que enfrentar los empresarios mexicanos en el inicio del siglo XX. Las crisis financieras endémicas que padeció el país —dice—, se fueron agravando con el tiempo y terminaron perjudicando los negocios que, incluso, habían surgido o prosperado en ocasiones aprovechando esas circunstancias. Unidas a las combulSIONES políticas de la nación y a las necesidades financieras del Estado, cada vez más difíciles de satisfacer, condujeron a los gobiernos a utilizar procedimientos coercitivos para obtener recursos que perjudicaron las actividades económicas, llegando a extremos como el encarcelamiento del citado Iturbe y de otros empresarios que se negaron a aceptarlos.

Los trabajos de Ibarra y Silva Riquer estudian también las condiciones institucionales del comercio interno en dos grandes ciudades mexicanas, México capital y Guadalajara. Ibarra aplica lo que él llama la *teoría neoinstitucionalista* para explicar la función y el desarrollo de los Consulados de Comercio en el inicio del siglo XIX, y llega a la conclusión de que la acción de esos organismos, a pesar de las dificultades del contexto histórico en que desarrollaron su actividad, fue positiva y significó cambios decisivos en el mercado y en los modos de actuación de los agentes económicos. Silva Riquer llama la atención sobre los problemas que la magnitud que el mercado mexicano implicó para el desenvolvimiento de estos últimos en las décadas de 1830-1840. En dichas circunstancias, el autor resalta que la característica más llamativa fue la continuidad de las prácticas mercantiles respecto al período colonial, lo que en su opinión se explica debido a que esa fue quizás la opción más racional, entre otras cosas, como consecuencia de que tal continuidad fue también el rasgo predominante en la legislación comercial y en la administración en general.

Colin M. Lewis estudia problemas similares a los anteriores —la relación entre el desenvolvimiento empresarial privado, el marco institucional y la acción del Estado—, aunque en un país, en una época y en un sector distintos: «Regulating the Private Sector: Government and Railways in Brazil, c. 1900». Como Pietschmann, Lewis propone obte-

ner lecciones del conocimiento histórico para situaciones del presente: el futuro de las compañías ferroviarias. El ferrocarril —dice— no fue en el caso brasileño un factor de anticipación al crecimiento, ni tuvo una función destacada de fomento e impulso de la economía, pero ello se debió a las limitaciones de la estructura económica nacional, y la gestión privada no resolvió los problemas de eficiencia y rentabilidad que en general tuvieron las líneas como consecuencia de la ausencia de condiciones institucionales adecuadas. Esta conclusión coincide, además, con las del reciente libro de Jesús Sanz (coord.) *et al.* (*Historia de los ferrocarriles en Iberoamérica, 1837-1995*, Madrid, Ministerio de Fomento, 1998), para casi todos los países de América Latina.

Dinero y negocios en América Latina incluye un segundo trabajo sobre Brasil que, además, junto a los de Ibarra y Von Mentz es representativo del reciente interés por potenciar los estudios regionales y locales. Se trata del artículo de Mattias Röhrig-Assunção acerca de la «Exportação, mercado interno e crises de subsistência numa provincia brasileira. O caso do Maranhao, 1800-1860».

Exceptuando el artículo de Barbara Potthast, «Bäuerliche wirtschafft und die rolle der frauen: Paraguay im 19. Jahrhundert», el resto de los trabajos de la compilación están dedicados al área andina y/o al comercio internacional o a las relaciones económicas de los países de ese área, del Imperio Español en general, o del Caribe hispano con las grandes potencias europeas y con los Estados Unidos.

Menos el trabajo de Jügen Golte, «Zur bedeutung von ferhandelsbeziehungen in der geschichte der Anden», los textos dedicados al área andina examinan aspectos relativos al comercio internacional en la primera mitad del siglo XX. León E. Bieber, «El comercio germano-boliviano 1936-1939. Un fracaso singular en el contexto del comercio de compensación de Alemania con América Latina», destaca la coincidencia en los últimos años de la década de 1930 del interés germano por ampliar sus negocios en América Latina, y de la intención de los gobiernos bolivianos por romper los monopolios de las grandes empresas mineras norteamericanas y aplicar una especie de socialismo de Estado. El acercamiento de ambas naciones no dio los resultados esperados —dice el autor— debido a hechos más o menos circunstanciales como el suicidio del presidente Busch o el inicio de la Segunda Guerra Mundial, pero, piensa que en el fondo se habrían frustrado de todos modos.

Michael Zeuske, que indaga también en los intereses germanos en América Latina, estudia los «Trasfondos del conflicto de 1902: política, cónsules y comerciantes alemanes en las Venezuelas en el siglo XIX»; conflicto bien estudiado en su conjunto, según el autor, pero del que se desconocían los detalles de las complejas relaciones políticas internacionales y comerciales que lo motivaron.

Finalmente, Rory Miller, «British Business in Peru. From the Pacific War to the Great Depression», analiza el problema de las relaciones británico-peruanas que, según él, en esa época destacaron por su idiosincrasia en relación con el resto de los países latinoamericanos; Renate Pieper estudia «Imperium und Finanzpolitik im 18. Jahrhundert. Spanien und England im vergleich», y Nikolaus Böttecher, «Trade, War and Empire: British Merchants in Cuba, 1762-1796», artículo en el que se revisa la importancia que para el crecimiento de la economía cubana de finales del siglo XVIII y principios del XIX tuvo la toma de La Habana por los ingleses.

Antonio SANTAMARÍA GARCÍA
Instituto de Historia, CSIC

CAGNI, Horacio, *La Guerra Hispanoamericana y el inicio de la globalización*, Buenos Aires, Centro Argentino de Estudios Estratégicos, IXBILIA-Universidad de Sevilla, OLCESE Editores, 1999, 102 páginas, bibliografía, fuentes e índice. Prólogo de Abel Posse.

1898 es una de las fechas con mayor simbolismo y proyección de la historia contemporánea mundial. Por eso, la historiografía que ha generado la reciente conmemoración de su centenario se ha caracterizado por su vastedad, pero también por una considerable heterogeneidad temática. Cuando analizamos con Consuelo Naranjo Orovio los estudios dedicados al tema en los últimos años (1996-1999), señalamos que la trascendencia del problema, espacial y temporalmente hablando, era uno de los aspectos que más interés había despertado en las obras dedicadas al asunto [Antonio Santamaría García y Consuelo Naranjo Orovio, «El '98 en América. Últimos resultados, tendencias recientes de la investigación y bibliografía», *Revista de Indias*, volumen LIX, número 215 (enero-abril, 1999), páginas 215-274].

La obra de Horacio Cagni, *La Guerra Hispanoamericana y el inicio de la globalización*, puede ser clasificada entre la producción historiográfica sobre el 98 como uno de los estudios interesados en los hechos acontecidos en los años finales del siglo XIX, y concretamente en la Guerra Hispano-Cubano-Norteamericana, por sus implicaciones posteriores. Además, en sus páginas incluye también un pequeño ensayo acerca de «algunas opiniones argentinas» sobre el conflicto, lo que se justifica por el origen del autor y el lugar de edición del estudio, no obstante debemos señalar que, generalmente por esas mismas razones, este es otro aspecto —la proyección del problema en países que no estuvieron directamente implicado en los referidos hechos— que ha despertado mucho interés en la investigación. Por ejemplo, poco antes de la publicación del libro que ahora nos ocupa, Sylvia L. Hilton y Steve J.S. Ickringuill editaban un trabajo con contribuciones de varios historiadores titulado: *European Perceptions of the Spanish-American War of 1898* (Bern, Berlín, Bruselas, Frankfurt, Nueva York y Viena, Peter Lang, 1999), el cual reseñamos también para la *Revista de Indias*.

El libro de Horacio Cagni es un trabajo bastante bien concebido en mucho sentidos, breve, con utilidad divulgativa, articulado en torno a una tesis central con la que se puede estar más o menos de acuerdo, pero que se fundamenta dignamente y que, además, se matiza con otras posibilidades entre las que, además, se ofrece como una contribución con carácter complementario. En opinión de Abel Posse, que prologa el estudio, dicha tesis es «una parábola útil»; útil por su valor explicativo y parábola por su referida proyección del significado del 98 a acontecimientos actuales, como la Guerra del Golfo y el conflicto de los Balcanes.

La razón con la que autor fundamenta su *proyección parabólica del 98* hispanoamericano es que, en su opinión, el acontecimiento puede ser considerado históricamente como el hito que marcó el inicio de lo que él denomina la «globalización» norteamericana. La tesis que Horacio Cagni sostiene es que, a pesar de las muchas explicaciones que se han dado sobre la guerra entre España y los Estados Unidos e, incluso, sin contradecir muchas de ellas, «los poderes indirectos fueron los auténticos impulsores» del conflicto, y estos mismos pueden ser considerados también los principales promotores de la intervención armada de aquel país en el Golfo Pérsico, en la antigua Yugoslavia, y en otros lugares del planeta desde finales del siglo XIX hasta hoy en día. Poderes —en opinión del autor— que

desde la finalización de la Guerra de Secesión, se mostraron interesados en una agresiva expansión internacional de su nación para el beneficio de sus propios intereses, pero que quisieron y supieron enmascararla con atributos como la extensión de la civilización, de la democracia y de la libertad estadounidenses y, más recientemente, con motivos humanitarios.

Para un historiador, oficio de quien reseña estas páginas, una explicación de los hechos como la que propone Horacio Cagni es muy discutible, esencialmente debido a que supone estático uno de los factores explicativos del problema, y, además, no uno cualquiera, sino el más importante. Básicamente, y a pesar de los matices que introduce en ciertos momentos, considera prácticamente inmutables los referidos «poderes indirectos» o fácticos —denominación más usual en castellano—. No obstante, en lo que en un estudio con pretensiones mayores y más páginas podría considerarse un defecto insalvable, en una obra breve, ensayística —a pesar de que utiliza una relativamente abundante documentación de primera mano— que, como ya señalamos, se concibe como una contribución complementaria al entendimiento del tema, no sólo elude en nuestra opinión ese problema, sino que consigue dignamente su objetivo de ofrecer al lector una interesante aportación historiográfica.

Además del referido análisis sobre algunas opiniones argentinas acerca del conflicto hispano-cubano-norteamericano y de su significado y proyección para entender otros acontecimientos más actuales de la acción internacional de los Estados Unidos, *La Guerra Hispanoamericana y el inicio de la globalización*, examina brevemente sus antecedentes y la conflagración en sí misma, su significado dentro el enfrentamiento entre aquél país y los europeos, los fundamentos geo-políticos e ideológicos del tema, y el «desastre» visto desde España. El trabajo termina con una relación breve pero suficiente de las fuentes y la bibliografía.

Antonio SANTAMARÍA GARCÍA
Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

CONTRERAS, Carlos y CUETO, Marcos, *Historia del Perú Contemporáneo*, Lima, Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, 1999, 312 páginas.

En estos últimos años se ha producido un inusual interés por reinterpretar la historia del Perú republicano, siendo ejemplos de ello libros como el de Nelson Manrique, *Nuestra Historia: Historia de la República*, Lima, Cofide, 1995 y el de Franklin Pease, *Breve Historia del Perú Contemporáneo*, México, FCE, 1995. La *Historia del Perú Contemporáneo* que ahora han escrito Carlos Contreras y Marcos Cueto se suma a esta revisión sintética, motivada, en palabras de ambos autores, por los nuevos hallazgos que la investigación ha producido en los últimos quince años, por el cambio de paradigmas teóricos que lo anterior ha supuesto y por la nueva coyuntura política, social y cultural que vive el país al culminar el siglo XX. El eje de este relato es el análisis de la propuesta y aplicación de los cuatro proyectos políticos que habrían marcado el rumbo del Perú en estos dos últimos dos siglos: 1) el proyecto de los libertadores y la primera generación

republicana (1821-1869), 2) el proyecto liberal del civilismo (1870-1930), 3) el proyecto nacional, populista e indigenista (1930-1989) y 4) el proyecto neoliberal (1990 hasta la actualidad). A lo largo de los diez capítulos en que está dividida la obra, ambos autores combinan el análisis y el ensayo interpretativo sobre el mero dato cronológico. Además introducen nuevos enfoques que han contribuido a enriquecer el conocimiento acerca del pasado reciente peruano como la historia de la ciencia o la demografía histórica. En este aspecto ambos demuestran un dominio absoluto de la extensa bibliografía reciente, exclusivamente editada en castellano, que se incorpora al final de cada capítulo. Además cada cierto tiempo el lector se encuentra con unos recuadros didácticos que a través de breves testimonios de la época o datos estadísticos procuran reforzar adecuadamente lo argumentado en las páginas principales. En general este es un libro estupendo por su claridad y perspectiva que, por eso mismo, invita a la polémica.

Si bien es cierto los autores anuncian una postura equidistante tanto de la historia política tradicional como de la historia «estructural», economicista y dependentista, conforme se avanza en la lectura se aprecia cierto tributo metodológico con el esquema evolutivo propuesto en *Clases, Estado y Nación* de Julio Cotler, polémica obra que, paradójicamente, no aparece mencionada en la bibliografía y que pese a sus defectos visibles fue un horizonte referencial de muchos historiadores. Tal como antes lo formulara Cotler, el Estado sigue siendo el gran protagonista de la *Historia del Perú Contemporáneo*, bajo una careta patrimonial y rentista entre la independencia y el estallido de la guerra del Pacífico (1879-1883); oligárquica, modernizadora y populista entre 1895 y 1968; corporativa, nacionalista e intervencionista entre 1968 y 1980 y, por último, neoliberal y privatizadora entre 1990 y 1999. Sobre este gran escenario se reconstruye el papel del resto de los protagonistas (los caudillos y partidos políticos, el Ejército, la Iglesia, los intelectuales y, por último, la sociedad civil). Contreras y Cueto, tal vez conscientes de su proximidad con la visión del Perú de Cotler, señalan casi al terminar el libro que su énfasis fue resaltar la riqueza de los proyectos políticos con el ánimo de contraponerse a visiones «en las que se sugirió, por lo contrario, la carencia de elites dirigentes» (p. 311), en alusión directa al lamento de aquel sociólogo acerca de la inexistencia en el país de una burguesía dirigente y nacional. Uno de los aportes de este libro es precisamente recoger las investigaciones de Paul Gootenberg, Alfonso Quiróz, Rosemary Thorp y Geoff Bertram que desde el punto de vista económico demostraron lo exagerado de tal afirmación. Ello les conduce a la relectura del papel de las clases dirigentes, por ejemplo cuando se afirma que la «república aristocrática» entre 1895 y 1920 no lo fue tanto, en la medida que la actuación de los potentados fue más bien propia de una burguesía orientada a la inversión bursátil, las finanzas o el comercio antes que la vía rentista (p. 124). En el balance global, a juicio de estos autores, el camino hacia la conformación de un mercado interno, hecho que comenzó a acelerarse en la década de 1920, fue un logro del Estado moderno tras los fracasos del siglo XIX, alcanzándose una economía diversificada y una relativa industrialización.

Uno de los aspectos quizás más polémicos de esta síntesis es el tratamiento que se hace de la historia política. Los autores plantean que junto con la creación de un mercado interno, los proyectos políticos deberían haber conducido paulatinamente a la formación de una comunidad de ciudadanos. Los obstáculos más relevantes para alcanzar dicho objetivo eran la herencia colonial (la fragmentación histórica de la estructura social con la formación de una sociedad dualista que enfrenta a descendientes de las culturas colonizadora y colonizada), la geografía agreste y difícilmente comunicable y la situación desventajosa

dentro del marco del nuevo sistema mundial. De todos ellos, se asume a la herencia colonial como el obstáculo más difícil de superar. En ella quedan comprendidas además el arcaísmo de la vida urbana, las haciendas rurales; las élites, el derecho escrito; la Iglesia y las técnicas productivas, la explotación de los indios y hasta el mestizaje. Tal como sostuvieron ya desde muy temprano los primeros escritos de historia del siglo XIX, una tradición continuada por la historiografía criolla del siglo XX, de España nada positivo se hereda y todo se tenía que derruir. Sin embargo, hay aspectos si se quiere positivos de este legado histórico que comienzan a ser estudiados y que no han sido incorporados en el libro. Por ejemplo, la estructura electoral de las Cortes de Cádiz, uno de los más importantes soportes del liberalismo constitucional de 1812, persistió en el país andino con algunas modificaciones hasta 1895. La modernidad política tal y como se practicó en Perú durante el siglo XIX tuvo un referente español quizás inconfesable debido al riesgo de ser acusado de hispanista. La incompreensión de este hecho conduce a que en algunas páginas del libro se hable de la exagerada prolongación de las elecciones presidenciales de 1871 (p. 125), cuando en realidad los procedimientos de la elección indirecta así lo exigían. Los autores, si bien llegan a reconocer que el voto indígena y analfabeto llegó a practicarse entre 1849 y 1895 (p. 77), no vinculan esa situación con el legado gaditano. Si bien es cierto que de este sistema se beneficiaron los caciques políticos, peor fue el remedio a este problema sancionado con la ley electoral de 1896, que redujo la población electoral y centralizó su control en Lima. Convendría relativizar que durante la «república aristocrática» la estabilidad y la continuidad política fueran sus rasgos más visibles (p.163-164), ya que nunca antes como en aquella coyuntura las elecciones fueron tan violentas. La explicación de este fenómeno fue la exclusión del contrario que practicó el partido civilista gracia al control que ejerció sobre el Jurado Electoral Nacional, y por parte de los perjudicados, la adopción de la abstención política, en el caso de los demócratas, cuando no la actuación desestabilizadora, en el caso de los liberales. En este marco, no resulta exagerado atribuir a este sistema pernicioso el engendro de un personaje como Augusto B. Leguía, cuya dictadura entre 1919 y 1930 procuró su preservación en el poder destruyendo a todos sus contendientes. Ello contribuyó a alimentar en los militares el mito de que los civiles no sabían gobernarse, siendo ese uno de los pretextos usados por los dictadores para asumir el papel de salvadores de la patria desde los años treinta. Así lo refleja el recorrido de Contreras y Cueto por los años más recientes de la historia política, entre 1930 y 1998, cuya base de referencia son los análisis sociológicos en una prueba de que los historiadores aún no se atreven a traspasar la frontera de los años treinta.

Otros temas desarrollados por la «nueva» historia política que no aparecen resaltados en el texto son la evolución de las asociaciones públicas y políticas, es decir, el ingreso de la sociedad civil en la esfera moderna al margen de los condicionantes estatales. Sobre esta materia ya hay varios trabajos publicados (Carlos Forment, Ulrich Müecke) que concentran su atención en las instituciones de la segunda mitad del siglo XIX. El balance general que se puede extraer es que la historia política tiene aún un mucho campo de desarrollo con temas como la historia del parlamento, más estable de lo que se supone, los partidos políticos, tan importantes algunos como el civilista, las municipalidades, etc. Por otro lado, ambos autores hacen una breve alusión al conflicto con España de 1864 a 1866, el mismo que no se puede entender sin mencionar el liderazgo asumido por el Perú desde los años cincuenta en el proyecto de la Unión Americana, instancia que debía unir contra la ingerencia europea, además, a Chile, Bolivia y Ecuador. El conflicto bélico de 1866 tuvo un

trasfondo diplomático y hasta romántico, un verdadero duelo consecuencia de injurias mutuas, que aún espera un estudio desapasionado. En general, la historia diplomática no ha sido tema predilecto de la historiografía reciente, y eso se advierte en el libro de Contreras y Cueto. Sobre la historia cultural, es decir el desarrollo de las artes, la literatura o la misma fotografía, los autores utilizan la bibliografía esencial, aún breve, que existe sobre el tema y hacen evidente la necesidad de más exploraciones en este terreno.

Puede concluirse que el libro de Contreras y Cueto es un manual de los más útiles que se han escrito hasta ahora para comprender los obstáculos que tuvo que enfrentar la «promesa» republicana. Invita a la reflexión, es ágil en su lectura, ameno y proporciona una importante síntesis interpretativa de la realidad peruana. Su lectura dirigida a las nuevas generaciones que transitan hacia el siglo XXI, es también recomendable para quienes por primera vez se adentran a estudiar la historia reciente peruana.

Víctor PERALTA RUIZ
CSIC, Madrid

MALUQUER DE MOTES BERNET, Jordi, *España en la crisis de 1898. De la Gran Depresión a la modernización económica del siglo XX*, Barcelona, Editorial Península (Colección Historia, Ciencia y Sociedad, número 287), 1999, 233 páginas, índice, bibliografía, cuadros y gráficos.

España en la crisis de 1898 es un libro en el que confluye el resultado de varias líneas de investigación desarrolladas a lo largo de varios años por Jordi Maluquer de Motes y que hasta el momento se habían materializado en artículos, capítulos de obras colectivas, incluso en algún libro, como por ejemplo *Nación e inmigración: españoles a Cuba (siglos XIX y XX)* [Gijón, Júcar, 1992], «La financiación de la Guerra de Cuba y sus consecuencias sobre la economía española. La deuda pública» [en Consuelo Naranjo, Miguel Ángel Puig-Samper y Luis Miguel García Mora (eds.), *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98*. Aranjuez, Eds. Doce Calles, 1996, pp. 317-330] o «Las consecuencias económicas de la guerra de independencia. Un primer acercamiento» [en María R. Rodríguez (coord.): *1898. Entre la continuidad y la ruptura*, Morelia, Universidad Michoacana San Nicolás de Hidalgo, 1997, pp. 164-184].

Los múltiples intereses que a lo largo de los años ha mostrado el autor por distintos problemas de la historia económica de Cuba y España a finales del siglo XIX explican la peculiaridad del un libro que, de otro modo, podría parecer algo desordenado. Lo que Maluquer de Motes se propone es contribuir a aclarar algunas de las cuestiones que todavía suscita el problema de la modernización española y, fundamentalmente, el efecto que las guerras de Ultramar y la pérdida de las últimas colonias americanas y de Filipinas tuvieron en la misma.

La historiografía lleva años cuestionando que la pérdida de las últimas colonias americanas y de Filipinas fuese un desastre para la economía española. Lo cierto es que el período en que aquélla se produjo fue relativamente positivo para esta última. Leandro Prados

de la Escosura en *De imperio a nación. Crecimiento y atraso económico en España (1870-1930)* [Madrid, Alianza, 1988] expuso incluso la hipótesis de que dicha pérdida podría haber tenido un efecto modernizador, fundamentalmente político-institucional, similar al que tuvo la del resto del imperio indiano ochenta años antes, según demostró Joseph Fontana en *La quiebra de la monarquía absoluta (1814-1820)* [Barcelona, Ariel, 1971].

El hecho de que el crecimiento y la modernización de la economía española no se detuviesen en el período en que se perdieron las últimas colonias americanas y Filipinas, sin embargo, no implica necesariamente que no se vieses afectados por dicha pérdida, menos aún que ésta los favoreciese. Tampoco es posible afirmar que la preservación de los territorios de Ultramar no hubiese significado una aceleración de ambos. Al menos nadie lo ha demostrado hasta ahora.

Dentro del debate historiográfico referido anteriormente de manera muy sucinta, *España en la crisis de 1898. De la Gran Depresión a la modernización económica del siglo XX*, aunque su título podría inducir a pensarlo, no resuelve los grandes problemas enunciados, pero representa una relevante contribución al conocimiento del tema y aporta precisión a muchas cuestiones, cuya discusión se había mantenido en un plano más especulativo hasta el momento. En los capítulos iniciales, el autor demuestra que las expectativas de la opinión pública sobre el resultado de la guerra en Cuba estuvieron bien reflejadas en la evolución de las cotizaciones bursátiles, particularmente de los títulos de deuda emitidos para financiarla, y que el mercado se mostró muy sensible a las noticias que llegaban sobre la actitud de los Estados Unidos ante el conflicto, que fue la variable más determinante en el estado de esa opinión. Maluquer de Motes examina también el capital humano implicado en la contienda, confirma la desproporción de los dos ejércitos en liza y matiza las cifras de bajas. Estima que perdieron la vida 170.000 criollos y 55.000 españoles en Cuba, Puerto Rico y Filipinas, aproximadamente, cantidad que apenas incidió en el crecimiento poblacional de España y que, incluso, no es muy grande en comparación con el saldo de mortalidad dejado por la Guerra de los Diez Años en la primera de aquellas tres islas (1868-1878) o por epidemias como la gripe de 1918-1919. Finalmente, señala también que el número de muertos fue mayor entre los soldados nacidos en las regiones de la periferia del país, lo que ocasionó grandes suspicacias sobre las diferencias en el reclutamiento.

Otra de las conclusiones de *España en la crisis de 1898* es que la financiación de las guerras coloniales no se hizo con cargo a los presupuestos, sino mediante cuentas especiales del Ministerio de Ultramar, de modo que aquéllos no aumentaron. Ahora bien, frente a lo que habitualmente se creía, tras ellas se produjo una expansión del gasto público; eso sí, gracias al incremento de los recursos, pues la Hacienda obtuvo superávits en términos primarios (ingresos-gastos-pago de la deuda) en todo el período 1899-1908.

Lo anterior no significa, según Maluquer de Motes, que las guerras no tuvieron consecuencias financieras. El autor calcula que su coste fue de unos 4,65 - 5,00 millones de pesetas, lo que equivale a 1,7 - 1,9 billones de 1998. El Banco de España —dice— fue el principal agente financiero, se recurrió poco a los impuestos y a la emisión monetaria y se usó, sobre todo, deuda pública, cargada fundamentalmente sobre las economías de las colonias y adquirida mayoritariamente por españoles. Ahora bien, al gastarse ese dinero fuera, se desvalorizó la peseta y el Estado entró en bancarrota en el mes de abril, antes de la derrota naval de Santiago de Cuba frente a la escuadra estadounidense.

La situación financiera empeoró por el hecho de que la pérdida de los territorios de Ultramar impidió seguir cargando la deuda sobre sus economías. Ahora bien, al mismo

tiempo se vio aliviada gracias a que las condiciones de la paz no fueron desfavorables, no obstante lo que han señalado algunos autores. El Tratado de París no impuso a España el pago de indemnizaciones y en él se estableció que los EE.UU. abonarían una generosa suma a cambio de la renuncia a la soberanía de Filipinas.

En las condiciones descritas anteriormente, tras la paz, hubo que hacer frente a los pagos aplazados de la deuda, cosa que la opinión pública no hubiese permitido realizar a través de un incremento de los impuestos. La solución fue un complejo plan de reformas y ajustes, ideado por Raimundo Fernández de Villaverde, basado esencialmente en la reordenación de dicha deuda, en la contención de la oferta monetaria y en el incremento de la recaudación mediante la creación de nuevas tasas. El análisis de la reforma de Villaverde es, sin duda, la parte más conseguida del trabajo de Maluquer de Motes. Quizás peca algo de exceso de optimismo en el mismo; sin embargo, sus conclusiones son claras y coinciden con lo que está diciendo la historiografía más reciente sobre la misma: que su principal cualidad fue su coherencia y su continuidad, gracias a que los sucesores de su mentor al frente de la Hacienda prosiguieron su labor, y que permitió una estabilización rápida y eficaz, aunque ello afectó al gasto público, *ergo*, a su función como impulsor del crecimiento económico, no obstante el dinamismo del sector privado en ese momento amortiguó en parte tal defecto.

En términos de renta, el efecto inmediato de las guerras fue importante, dice Maluquer de Motes, aunque no exagerado. El PIB se redujo menos que en el período 1887-1890, y su recuperación fue grande, continuando el proceso de modernización iniciado antes. El mismo autor señala, además, que los salarios reales del sector más moderno de la economía mejoraron a partir de 1902, que hubo una breve recesión de la industria, pero se recobró relativamente pronto, y que no obstante el comercio con Filipinas y Puerto Rico prácticamente desapareció, los intercambios con Cuba, los más importantes antes de la pérdida de las colonias, no se redujeron mucho y tuvieron un saldo positivo en las balanzas hasta 1930 mayor que en época colonial.

Es en las conclusiones anteriores donde el libro resulta menos resolutivo. En general, ya sabíamos que la continuidad en el crecimiento y la modernización de la economía prosiguieron tras las guerras coloniales, pero continuamos ignorando si aquéllas tuvieron algún efecto, positivo o negativo sobre el mismo. Es preciso seguir investigando el tema, aunque también debemos señalar que responder a ese interrogante parece una tarea sumamente complicada. No obstante, *España y la crisis de 1898* sí apunta algunas ideas al respecto. Maluquer de Motes demuestra que los años posteriores al conflicto se caracterizaron por un auge inversor, y lo explica aduciendo una mayor confianza de las empresas, entre otras cosas, debido a que sus gestores tuvieron la certeza de que el Estado no emprendería otras aventuras a medio y largo plazo gracias al correctivo que supuso la derrota. Por la misma razón, llegó bastante capital del exterior en forma de inversiones directas e indirectas, el cual se unió a las remesas traídas desde Cuba, tras el fin del dominio colonial, enviadas por los inmigrantes en la isla y también en otros países latinoamericanos. El autor calcula que en concepto de repatriación de los antiguos territorios ultramarinos arribaron a España 2.000 millones de pesetas; que el capital foráneo invertido en el país rondó los 1.000 millones, y que las citadas remesas, otras transferencias de capital y el retorno de las inversiones españolas en el exterior representaron otros 1.000 millones.

Un último capítulo de *España y la crisis de 1898*, analiza la valoración que los economistas de la época hicieron del fin de las guerras coloniales y de las reformas de

Villaverde. En este sentido, el libro demuestra que la principal controversia se dio en torno a la inflación y que la tesis dominante fue la que abogó por la acción del Estado, el abandono de los proyectos de ajuste deflacionista, y la adopción de medidas de impulso a la competitividad, al comercio exterior y al turismo. El autor señala también que años más tarde casi todos los analistas coincidieron en alabar la ortodoxia presupuestaria y en destacar la notable recuperación y modernización económica de esos años.

España y la crisis de 1898 concluye con un corolario sobre el problema que da subtítulo al libro, *De la Gran Depresión a la modernización económica del siglo XX*, en el que se resumen sus principales conclusiones y, sobre todo, se explica su contribución a la historia económica del país. Maluquer de Motes dice que los conflictos finiseculares produjeron grandes daños. Aumentó la presión fiscal y el gasto, aunque de manera moderada; así como la deuda pública, que lo hizo en un 50%, no obstante dicho incremento fue menor que el de los años 1876 ó 1881, se pudo contener con una política rigurosa, y no se incurrió en deuda externa ni se dejó de pagar el servicio de la contraída anteriormente. Las conversiones y otras operaciones que se realizaron sobre ella fueron complicadas y laberínticas, pero similares a la que se llevaron a cabo en otros países. El plan de Villaverde, por otro lado, fue coherente con la nueva coyuntura monetaria: redujo el coste del dinero cuanto el Estado dejó de demandar fondos y desaparecieron los riesgos que conllevaba la guerra y, por tanto, la necesidad de mantener fuertes primas. La paz marcó el fin de la gran depresión agraria de los últimos años del siglo XIX y el crecimiento del PIB cambió de ritmo, recobrando el vigor perdido en esos años gracias a medidas proteccionistas, pero también a un incremento de la productividad del agro que apoyo la recuperación del consumo privado y de la demanda agregada. También mejoró la oferta de los sectores secundario y terciario como respuesta a las nuevas oportunidades del mercado. Aparecieron necesidades energéticas, de transporte y de servicios financieros que dieron lugar a muchos proyectos empresariales.

Las razones de la expansión de la economía española en el inicio del siglo XX, por tanto, fueron el auge de las inversiones, los saldos positivos en la balanza de pagos, y la disponibilidad de recursos, que permitió crear grandes entidades financieras, las cuales actuaron con un destacado protagonismo industrial. También crecieron la construcción, el comercio, los servicios y el transporte urbanos, símbolos de la definitiva modernización demográfica del país, y lo mismo puede decirse de otros indicadores de desarrollo, como los índices de alfabetización y esperanza de vida o el alumbrado de las viviendas, aunque, como ha reiterado con frecuencia la historiografía más reciente, todos esos avances no se correspondieron con mejoras similares en los niveles de convergencia respecto a las naciones del occidente europeo, los cuales, incluso, empeoraron.

Antonio SANTAMARÍA GARCÍA
Instituto de Historia, CSIC

LAURÍA-SANTIAGO, Aldo A., *An Agrarian Republic. Commercial Agriculture and the Politics of Peasant Communities in El Salvador, 1823-1914*, Pittsburgh, Pitt Latin American Series, University of Pittsburgh Press, 1999, 236 páginas, índices general y onomástico, apéndice estadístico, glosario, bibliografía, cuadros, gráficos, mapas e ilustraciones.

El libro de Aldo A. Lauría-Santiago es, como su título indica, una historia socio-política y económica de la agricultura salvadoreña entre 1823 y 1924, enfocada desde el estudio de las comunidades campesinas. A pesar de la envergadura de sus propósitos, se trata de un trabajo bien definido, que logra alcanzarlos con eficacia, incluso con brillantez en ocasiones, lo que con seguridad le convertirá en breve en una obra de referencia básica para la historiografía centroamericana.

El estudio comienza con una relativamente breve, pero exhaustiva caracterización de las comunidades campesinas antes de la independencia. El autor señala que éstas jugaron un papel muy importante en el desarrollo de la producción de índigo para el mercado local, regional e internacional, coexistiendo con los grandes hacendados —generaban aproximadamente la mitad de la oferta de ese artículo—. Su actividad económica y su organización corporativa les permitió, además, un alto grado de autonomía frente a los terratenientes, comerciantes y oficiales coloniales.

La caracterización de la organización y actividades económicas de las comunidades campesinas en los últimos años de dominio español en Centroamérica es esencial para entender cómo se integraron en el nuevo proyecto socio-político tras la independencia. Lauría-Santiago prueba que ésta no detuvo su expansión, pues el colapso del Estado imperial, las guerras civiles en el istmo y la inestabilidad política consiguientes afectaron a las redes de poder local y central. Debido a esos inconvenientes y a la escasez de infraestructuras, la hacienda decayó como unidad de producción y muchos hacendados abandonaron sus predios. En tal situación, infinidad de municipios y comunidades compraron terrenos o reclamaron su posesión alegando su uso durante años. El resultado fue el reforzamiento de las citadas formas de tenencia y organización comunitaria, amparadas, además, por los gobiernos, independientemente de su signo —conservadores o liberales—, quienes reconocieron sus derechos, sancionando legalmente dos tipos de pertenencia: los ejidos y la propiedad comunal o corporativa que, de ese manera, a la altura de 1860, constituían el elemento fundamental del agro salvadoreño.

Lauría-Santiago presenta evidencias suficientes para contrarrestar las tesis tradicionales de la historiografía acerca de la desarticulación de las comunidades campesinas y, especialmente indígenas, tras la independencia. Prueba que, aparte de la tierra, controlaban los sistemas de regadío y los bosques —lo que les aseguró el acceso a los recursos de subsistencia— y participaron en la comercialización de los productos agrarios y en la actividad política. No obstante, y quizás está es la principal aportación de la primera parte de la obra, el autor no idealiza ni exagera sus conclusiones. La situación descrita también generó problemas y conflictos; en primer lugar, por que es difícil generalizar, sobre todo debido a las grandes diferencias que encuentra en el análisis de las distintas regiones de El Salvador, lo que, por otra parte, dificultó el establecimiento de un sistema político nacional y fue fuente de disputas. En segundo lugar —dice—, la organización comunal, aunque bastante solidaria, no era enteramente democrática ni igualitaria, lo que generó antagonismos internos, a los que, además, se unieron otros de carácter externo, entre las referidas comunidades,

los ladinos y los gremios de artesanos y profesionales, cuyos privilegios no fueron reconocidos por los gobiernos en la misma medida que los de aquéllas.

El autor afirma que las comunidades campesinas y los gremios artesanales fueron esenciales en la formación del Estado salvadoreño por su capacidad de movilización y su apoyo a las distintas facciones de la elite. Esta aseveración, señala, es igualmente cierta para entender las conspiraciones pro-independentistas de 1810, la revolución posterior contra los ladinos, o la reforma liberal de 1871, la cual no supuso realmente una ruptura con el pasado inmediatamente anterior, entre otras cosas, por que el Estado no fue una buena institución para la construcción de una oligarquía socio-económica debido al violento final de los mandatos de muchos gobiernos, que llevó aparejada en infinidad de ocasiones la pérdida de las propiedades de sus integrantes y allegados, incluso el abandono del territorio nacional o la muerte. La institución más importante para la constitución de esa oligarquía —dice Lauría-Santiago— fue el ejército. Así, El Salvador experimentó en las décadas de 1880 y 1890 un exitoso proyecto de centralización fundado en difusas alianzas entre los militares y la fragmentada elite político-económica que, a la altura de 1900, permite hablar de la existencia de un fuerte Estado central basado en la virtual disolución del poder corporativo y municipal, en la creación de una milicia profesional, en complejas negociaciones con los centros de poder local, y en la acumulación y distribución de beneficios procedentes de las rentas estatales, que se consolidó con las reformas institucionales de la administración de Araujo, en 1912-1913, no obstante ello no supuso, como se ha sostenido habitualmente hasta ahora, al menos no directamente, la violenta subordinación, desposesión y/o proletarización del campesino. El proceso fue bastante más complejo.

A partir de la década de 1860 se sucedieron una serie de factores que complicaron la situación descrita párrafos atrás en el agro salvadoreño. Aumentó el número de productos para el mercado local, regional e internacional, se desarrolló un sistema de crédito refaccionario y surgió una incipiente elite empresarial en la que destaca la participación de los indígenas, debido a la referida importancia de las explotaciones comunales y municipales. Se expandió el cultivo del café, el tabaco, la silvicultura y las industrias de cigarros, textiles o licores, entre otras. Algunas de esas actividades fueron ayudadas por la acción del Estado, que distribuyó plantas, difundió conocimientos, otorgó incentivos a la importación de los bienes necesarios para su funcionamiento, y a la exportación de sus productos, e invirtió en la construcción de caminos y otras infraestructuras. Contribuyeron a esa expansión también variables externas, como el aumento de la navegación por el Pacífico, el descubrimiento de oro en California, que atrajo recursos hacia el istmo centroamericano —la ruta más corta entre el Este y Oeste de los EE.UU.—; atracción que culminó con la apertura del Canal de Panamá en 1914.

La combinación de factores internos y externos mencionados anteriormente explica la expansión de la agricultura comercial salvadoreña, pero también sus límites. Así, señala Lauría-Santiago, un marco institucional como el descrito impidió la consolidación hasta el inicio del siglo XX de formas unificadas de capitalismo rural, de un mercado de tierra y capital y de una consistente, aunque aún heterogénea, burguesía. El cultivo del café no generó en el XIX la concentración agraria típica de la centuria siguiente. Proliferaron los establecimientos de beneficio en pequeña escala, lo que permitió el mantenimiento de la pequeña y mediana propiedad, cuyo principal enemigo fue su vulnerabilidad en épocas de precios bajos; momentos en los que fue común el paso de tales propiedades a manos de los comerciantes-prestamistas. Además, surgió un sector empresarial dedicado a la importa-

ción y exportación que controló el crédito, incluso el beneficio más que la producción. Hubo también otras actividades, como las industrias azucarera y licorera o la especulación con la deuda nacional que fueron fuentes de acumulación de capital y formación de elites, pero también el germen de una clase media rural, administrativa y profesional. La construcción del ferrocarril, afirma el autor y confirman los estudios recientes sobre el tema (ver J. Sanz, coord. *et al.*, *Historia del ferrocarril en Iberoamérica, 1837-1995*, Madrid, Ministerio de Fomento, 1998), refleja la complejidad del agro en El Salvador, en sí misma y en comparación con las otras Repúblicas centroamericanas. En él las líneas no siguieron exactamente el trazado centro de producción-puerto, típico en dichos países, sino que se tendieron en dirección Este-Oeste, integrando buena parte del territorio nacional. Otra prueba más en este sentido es que el tren no se caracterizó por prestar servicio a un único producto. En 1913 el café representaba un 20% de su volumen de carga, el azúcar un 8%, y otros artículos y manufacturas, sin llegar ninguno de ellos individualmente a esos porcentajes, el 72%.

En el siglo XX la situación agraria predominante en el XIX cambió. Se fue difundiendo el beneficio del café a gran escala, controlado por la misma elite que poseía el capital. Además, la producción de ese artículo se concentró en tres regiones que no eran las de más antigua ocupación. Ello y las necesidades de trabajo temporal que requirió su explotación precisó movilizar mano de obra por medios coercitivos.

El desarrollo de la agricultura comercial tropezó en distintas áreas, especialmente del occidente salvadoreño, con los obstáculos inherentes al mantenimiento las formas de tenencia y organización comunal ya en las últimas décadas del siglo XIX, y ello condujo a un proceso de privatización de la tierra a gran escala. La historiografía ha explicado ese proceso señalando que la explotación cafetalera requería contar con terreno abundante y campesinos dispuestos a vender su trabajo barato. Lauría-Santiago prueba, frente a esas tesis, que las cosas fueron más complejas y deben ser observadas en un espectro mayor: el de la construcción de un sistema socio-político y económico relativamente integrado a nivel nacional. Así, sostiene que el mantenimiento de las comunidades campesinas dificultó la expansión del cultivo del café, pero, además, creó fronteras internas en casi todas las regiones y limitó, por su incompatibilidad, la extensión de la formas republicanas de soberanía, ciudadanía y también de propiedad, de modo que fueron varias las fuerzas que presionaron para su desaparición.

Los legisladores liberales pensaron que mercantilizando la tierra favorecerían a los agricultores y que ello redundaría en interés nacional. Desamortizar los ejidos no representó apenas problemas, pero sí los predios del común, pues ello significó también, de facto, eliminar las comunidades. Los terrenos y los costes y beneficios de la privatización fueron repartidos entre sus miembros, aunque algunos se vendieron a terceros para cubrir dichos costes. Esto provocó corrupción, pérdida de valor del suelo y conflictos. Los indios apelaron a la tradición y al uso para defender la legitimidad de sus dominios y su desposesión socavó su identidad, su organización corporativa y también los mecanismos de solidaridad que se desarrollaban en su seno. Las comunidades, como resultado, se volvieron más jerárquicas, lo cual —demuestra el autor— fue causa de más disputas que la expansión cafetalera o la referida privatización que, por tal motivo se extendió a lo largo de un cuarto de siglo. Los baldíos del Estado sufrieron también la misma suerte, pero en su caso el proceso fue más extensivo. Por lo general, fueron adquiridos por especuladores y/o empresarios urbanos a bajo precio.

A largo plazo, la privatización fue más contradictoria de lo que esperaban sus mentores. Miles de campesinos se convirtieron en propietarios; los empresarios y los granjeros aumentaron su control sobre la tierra y expandieron sus posesiones, pero ello también generó desigualdades en perjuicio de los más pobres, y facilidades para que éstos perdiesen sus predios, problemas que arreciaron con el paso de las generaciones, cuando los terrenos fueron divididos entre la descendencia y dejaron de asegurar la subsistencia. La desamortización agraria, finalmente —dice el autor— no concentró necesariamente el suelo en manos de una elite capitalista; generó una clase —si es posible calificarla así— muy heterogénea de propietarios y, en el caso de los más pequeños (la mayoría), extremadamente vulnerable, cuya descendencia no tuvo más alternativas que convertirse en asalariada o emigrar.

La última parte de *An Agrarian Republic. Commercial Agriculture and the Politics of Peasant Communities in El Salvador, 1823-1914*, se dedica a las implicaciones que el estudio tiene para el análisis de la historia salvadoreña. Lauría-Santiago señala que el éxito de la economía de exportación a partir de la década de 1860 no provocó necesariamente pobreza, marginalidad o proletarización campesina. Otra cosa fue su intensificación a partir del decenio de 1920, cuando el aumento de la población, la integración de la elite agraria y la división de la tierra entre las familias durante varias generaciones si condujo a la mencionada proletarización rural debido al cierre de la frontera agraria interna y al aumento de la demanda de trabajo. Pero, aún entonces, ese proceso fue gradual y, en general, exento de mecanismos coercitivos y de la intervención del Estado para garantizarlo. Confirmado la más reciente interpretación historiográfica acerca del tema, del estudio de Lauría-Santiago se deduce que los supervivientes de la privatización de la tierra sustentaron el sistema político autoritario, debido a la ausencia de alternativas, y mantuvieron la primacía económica del café en detrimento de otros cultivos y actividades. Para muchos campesinos, aunque todavía no masivamente, esto significó un aumento de su dependencia de los grandes terratenientes. Las crisis de 1920-1921 y 1929-1932 tuvieron como resultado una concentración de la propiedad, la producción y el procesamiento cafetalero a gran escala, lo que dejó sin sus fincas y endeudados a muchos de ellos.

La referida falta de alternativas para reformar la estructura económica dejó a un número cada vez más elevado de campesinos marginados de la producción para el mercado y de la política socio-económica del Estado. El proceso de modernización y tecnificación que experimentó aquella tras la Segunda Guerra Mundial agravó las cosas, preparando las condiciones para la insurgencia rural de la década de 1980. Otro elemento que coadyuvó a agravar estos problemas fue el fracaso de la reforma liberal y la consolidación del autoritarismo, lo que contribuyó a preservar formas de solidaridad, identidad y organización comunitaria, particularmente indígena, en algunas zonas del país, reforzadas por su marginalidad, sobre todo después de la crisis de 1930, pues hasta la revuelta de 1932 dichas comunidades mantenían relaciones clientelares con el poder local, incluso nacional, que ese conflicto rompió. Con hechos como éste, el nivel de represión del campesinado fue en aumento, quedando al descubierto la oposición de los principales sectores de la elites y de las clases medias a sus demandas de representación corporativa, de derechos laborales y de autonomía política local.

A los problemas mencionados anteriormente se unió el hecho de que la desposesión de buena parte de la población tropezó en la década de 1930 con dificultades para encontrar trabajo, por el cual se pagaban, además, muy bajos salarios debido a la crisis cafetalera. No

obstante, concluye el autor, es un grave error historiográfico derivar directamente de ello la explicación del autoritarismo político. Su investigación prueba que el elemento de continuidad más importante entre 1880 y 1930 fue el faccionalismo político-militar. El militarismo excluyente, la escasa reforma de la ciudadanía, el clientelismo y paternalismo político y las relaciones étnicas a nivel local explican el fracaso de los intentos de democratización en los años treinta y el militarismo autoritario, valga la redundancia, que gobernó el país posteriormente.

La investigación de Lauría-Santiago, por tanto, aunque en ocasiones peca de algo de omnisciencia a la hora de buscar antecedentes de los hechos de la historia recientes salvadoreña en problemas del pasado y, seguramente, resultaría cuestionable en más de uno de sus argumentos si se examinan pormenorizadamente varios de los problemas o períodos cronológicos abordados, es muy coherente tomada en su conjunto, y no sólo como explicación del tema central del estudio, sino como replanteamiento general de ciertas cuestiones básicas del transcurrir histórico del país centroamericano. Por ejemplo, las tesis que se han ofrecido hasta ahora sobre los procesos de insurgencia de la década de 1930 que, como sostiene el autor y, en opinión de éste crítico con suficiente fundamento, son demasiado simples si se observan a la luz de ese transcurrir.

Antonio SANTAMARÍA GARCÍA
Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

URIBE SALAS, José Alfredo, CORTÉS ZAVALA, María Teresa y NARANJO OROVIO, Consuelo (coordinadores). México frente al desenlace del 98. *La Guerra Hispanonorteamericana*, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad de Puerto Rico/Recinto de Río Piedras, Instituto Michoacano de Cultura/Gobierno del Estado de Michoacán, 1999, 194 páginas.

La obra reúne una selección de los trabajos presentados en el Congreso Internacional: *El 98 en la Coyuntura Imperial* celebrado en las ciudades de Morelia y Pátzcuaro Michoacán, México en 1997; forma parte de las investigaciones realizadas a lo largo de la década de los 90 a propósito del centenario de la guerra hispano-norteamericana, cuyas repercusiones rebasaron el marco de quienes se vieron involucrados directamente en dicho conflicto.

El libro presenta estudios que dan cuenta de cómo se percibió y vivió en México esta coyuntura, las posturas adoptadas por el gobierno y otros sectores de la sociedad que van desde quienes prestaron abierto apoyo a España, quienes defendieron la causa de los patriotas cubanos e incluso quienes simpatizaron con las acciones norteamericanas.

Como producción colectiva, a partir del eje: México y el 98, en ella se abordan diversos temas de esta problemática, como diplomacia, pensamiento político, prensa, problemas fronterizos entre otros, con distintas orientaciones teóricas y metodológicas. El resultado es significativo porque logra estructurar, en un todo orgánico, una propuesta teórica; y por la visión de conjunto sobre aspectos que hasta ahora no habían sido desarrollados en el debate académico, por considerarlos colaterales.

El contenido se puede agrupar en dos partes: en la primera se establece el marco general; con el primer ensayo relativo al contexto histórico latinoamericano y el segundo a la

estructura diplomática mexicana. En la segunda parte se analizan aspectos específicos como la correspondencia consular mexicana, el pensamiento de Justo Sierra y Francisco Bulnes, la visión mexicana ante la cuestión cubana, la intervención norteamericana, cerrando con políticas y conflictos de frontera. El ensayo sobre Belice es relevante, en la medida que plasma la actitud de Inglaterra frente a esta zona geográfica y frente al reordenamiento internacional que se dio en este período.

La derrota de España en la Guerra Hispano Norteamericana fue el ocaso del viejo colonialismo en tierras americanas, pero un nuevo poder imperial vino a sustituirlo, dando paso a nuevas formas de dominación económica, política y militar. El conflicto hispano-norteamericano constituye un hito dentro de la redistribución geográfica y del nuevo reparto del mundo entre las potencias; este fenómeno es parte de la formación y expansión imperialista a finales del siglo XIX y principios del XX, por ello, de manera especial repercutió en toda América Latina y desde luego en México, que ya tenía el antecedente de la invasión y apropiación por parte de Estados Unidos de más del 50% su territorio en 1848.

Como señalan los coordinadores en la presentación, esta obra forma parte de la revisión crítica e histórica sobre la guerra del 98 entre España, Cuba y Estados Unidos, resaltando el aporte de nuevos datos, de nuevos instrumentos y nuevas líneas de investigación, cuestión que permite la constatación en México del llamado «98 hispanoamericano.»

Así el 98 es una coyuntura que abre camino a la dominación norteamericana en América Latina, por lo que conocer las distintas percepciones que hubo en México del problema, muestra hasta que punto ya diversos sectores advertían el peligro yanqui y como la política de neutralidad del gobierno mexicano favoreció finalmente a los intereses norteamericanos.

Podemos resumir en tres las principales aportaciones de este libro:

1. Parte acertadamente por ubicar el 98 en el contexto internacional, como punto de ruptura que cierra un periodo (el viejo colonialismo español), para abrir uno nuevo (el imperialismo); pero además establece el contexto histórico latinoamericano, que hace posible la formación de una nueva conciencia nacional antiimperialista, señalando la presencia de intelectuales, obreros, campesinos, indígenas, etc. como nuevos actores políticos, y ubica el papel de las manifestaciones culturales, del carácter multiétnico y multicultural de las sociedades latinoamericanas como parte de los proyectos de construcción nacional.

2. En cuanto a la cuestión mexicana, resulta claro que la política de neutralidad del gobierno mexicano (adoptada también por todos los gobiernos latinoamericanos), no reflejó el sentir de los distintos sectores de la sociedad, que tuvo manifestaciones activas en pro o en contra de algunas de las partes.

3. El análisis específico de fenómenos particulares (pensamiento político, opinión pública, conflictos fronterizos, etc.) permite establecer la complejidad del problema y sus múltiples manifestaciones en la sociedad mexicana, como expresión del momento histórico que está viviendo el país.

Esta obra es imprescindible como fuente de consulta para estudiantes, académicos e investigadores interesados en el tema, por lo cual el esfuerzo de su publicación es meritorio, si se toma en cuenta que con este libro reseñado se publica (en 3 volúmenes) la totalidad de trabajos presentados en el Congreso Internacional: *El 98 en la Coyuntura Imperial*.

Emigdio AQUINO BOLAÑOS
Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, México

VILA VILAR, Enriqueta y KUETHE, Allan J. (editores), *Relaciones de poder y comercio colonial: nuevas perspectivas*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, CSIC y Texas-Tuch University, 1999, 304 páginas, índices general y analítico (a cargo de Ana Isabel Martínez Ortega) y cuadros.

En el marco del «XLIX Congreso Internacional de Americanistas», celebrado en la ciudad de Quito en el año 1997, se desarrolló una sesión de trabajo acerca de «Las relaciones de poder y el comercio Hispano-Americano», que en 1999 dio lugar al libro que ahora nos ocupa. Antes de entrar en materia es preciso señalar el cuidado con el que se ha realizado el trabajo de edición y cuyo resultado es un volumen técnicamente muy bien hecho en todos los aspectos. Aunque este tipo de comentarios no son usuales en los artículos de crítica literaria, pensamos que merecía la pena dedicar unas líneas a comentarlo, pues no siempre se tiene entre las manos una obra con tales características.

A pesar de lo dicho anteriormente, el libro editado por Enrique Vila Vilar y Alan J. Kuethe, destaca esencialmente por la calidad y homogeneidad de sus contribuciones, algo bastante inusual en obras de este tipo, que suelen reunir buenos artículos, temáticamente interesantes y bien estructurados, junto a otros de mucha mejor valía. Por esa razón, y el hecho de que el trabajo encuentra su razón de ser en cuestiones científicas de relevancia y define de manera muy específica sus objetivos, su principal defecto, desde nuestro punto de vista, es que los editores, quizás por razones de tiempo y/o espacio, no se hayan animado a escribir un ensayo introductorio examinando con detenimiento su aportación a la historiografía. En la introducción que firman ambos autores se apunta en líneas generales, pero es muy escasa en páginas y detalles.

Desde hace tiempo —dicen Vila Vilar y Kuethe— los investigadores dedicados al comercio colonial de los siglos XVI, XVII y XVIII se han percatado de la existencia de características y comportamientos socio-económicos muy similares en los grandes comerciantes, tanto en España, como en América, que, además, variaron relativamente poco a lo largo de los años, y entre los que destaca su falta de iniciativa empresarial. Sin embargo, también se ha olvidado tradicionalmente la importancia de las instituciones, de la Casa de Contratación y del Consulado, primero de Sevilla, luego de Cádiz, incluso de otras más informales (camarillas, grupos de poder, redes familiares, ect.), que jugaron un papel fundamental, cuyo resultado fue un deslizamiento paulatino del monopolio de los intercambios de la esfera pública a la privada. Se sabe muy poco, pues, de las actividades y del entramado de relaciones que fueron construyendo esos hombres de negocios, no obstante su conocimiento es esencial para explicar la historia española y latinoamericana de los tres siglos referidos anteriormente. El objetivo de *Relación de poder y comercio colonial: nuevas perspectivas* es arrojar nuevas luces sobre el tema, aprovechando el interés que desde hace algunos años tienen los estudios de la acción colectiva, los grupos de presión y de interés y las instituciones económicas, y las herramientas teórico-metodológicas que han ido aportando esas investigaciones.

La compilación de Vila Vilar y Kuethe se divide en dos partes bien diferenciadas que dan al trabajo una estructuración lógica y racionalmente bien pensada. La primera, escrita íntegramente por los editores, sirve de marco de referencia para la segunda. Dichos autores examinan, respectivamente, el «El poder del Consulado sevillano y los hombres del comercio en el siglo XVII: una aproximación», y «El final del monopolio: los Borbones y el Consulado andaluz» y el «Traslado del Consulado se Sevilla a Cádiz; nuevas perspectivas».

Vila Vilar estudia las funciones judiciales y gremiales del Consulado de Sevilla respecto al comercio con las Indias, lo que la autora denomina su *poder legal*; así como sus funciones mercantiles (poder monopolista) y el control administrativo y financiero; es decir, el *poder efectivo* de la institución, inherente a su organización, pero más importante si cabe que el legitimamente estipulado. En ese sentido, la historiadora se da cuenta de la relevancia que para el conocimiento del tema tiene el examen de los comerciantes, de los *hombres del comercio*, a quienes dedica la última parte del trabajo y también la más interesante, pues en ella descubre que en la primera mitad del siglo XVII algunos de esos hombres formaron una especie de camarilla que jugó un papel esencial, no sólo en la actividad mercantil, sino también en la sociedad sevillana, andaluza, incluso española de la época, y en las decisiones políticas, fundamentalmente en las que afectaban al desarrollo de su actividad.

Kuethe, por su parte, examina en dos artículos el contexto nacional e internacional en el que desarrolló sus funciones el Consulado sevillano, sobre todo en el período de la Guerra de Secesión y en los reinados de los primeros Borbones, relacionándolo con los hechos fundamentales de la historia política y social española de esos años, lo que demuestra un incremento de su influencia de *facto*, a la que se refería Vila Vilar para la época inmediatamente anterior. El segundo de los dos artículos que dedica al tema analiza específicamente el asunto del traslado de dicho Consulado de la capital hispalense a Cádiz. Aunque no es la única variable explicativa que emplea, en nuestra opinión, parece demasiado importante el papel que confiere al interés personal de la Reina, Isabel de Farnesio, en tal decisión.

Para completar la primera parte de la compilación habría sido necesario, eso sí, un artículo que examinase específicamente la evolución y el desarrollo de las funciones de la Casa de Contratación, al igual que se hace con el Consulado.

La segunda parte del libro reúne seis artículos de otros tantos autores dedicados a cuestiones particulares, pero estrechamente relacionadas con la anterior; al «comercio y su función social», las «compañías, redes y hombres de negocios». Un primer trabajo, firmado por Carlos Álvarez Nogal, y titulado, «Un comprador de oro y plata en la Sevilla del siglo XVII. Bernardo de Valdés al servicio de la Real Hacienda», examina la figura y la trayectoria del referido Valdés, que entre 1650 y 1655 se convirtió en uno de los agentes financieros más importantes de la Corona. Dicho agente —apunta el autor—, obtuvo privilegios que no respetaron la costumbre ni la legislación vigente, lo cual se explica como resultado de la necesidad que el Estado tenía de contar con sus servicios. Para el referido comerciante, los beneficios directos de tales privilegios no fueron muy grandes, pero sí los indirectos; los negocios particulares que le permitió el ejercicio de su función y la red clientelar que tejió. Lo más importante de la investigación es que, independientemente de los citados beneficios personales, Álvarez Nogal entiende que el caso de Valdés es muy significativo de la complejidad organizativa y funcional del sistema comercial y financiero ligado a los intercambios entre España y América que, sin hombres como él, se hubiese visto entorpecido, lo que conduce a la necesidad de emprender nuevos estudios que indaguen en el tema con menos apego a la *legalidad*, observando, por ejemplo, la importancia del fraude institucionalizado para el mantenimiento del entramado comercial.

Antonio Gutiérrez Escudero analiza «El tabaco en Santo Domingo y su exportación a Sevilla (época colonial)», un estudio que destaca, sobre todo, por la cantidad de documentación consultada y por el buen hacer del autor a la hora de sintetizarla en cuadros esta-

dísticos, que nos presenta en un extenso apéndice final. El desarrollo de la producción tabacalera dominicana y el efecto que las reformas borbónicas tuvo sobre la misma, una actividad que ha merecido poco interés por parte de la investigación, demuestra el interés de la Monarquía en el desarrollo económico de todos sus territorios americanos —dice el autor—, aunque también los límites de la política de fomento. Así, dicho desarrollo se vio parcialmente frustrado debido al monopsonio que sobre su oferta ejercía la Fábrica de Tabacos de Sevilla, cuando ésta comunicó a las autoridades de la isla que sólo requería 12.000 arrobas anuales del mencionado artículo, no obstante ellas y los cultivadores habían pensado en 24.000 y se estaban preparando para producir las.

Al problema del «comercio libre» y del «comercio neutral» dedican su atención sendos artículos Javier Ortiz de la Tabla Ducasse y John R. Fisher en «Comercio neutral y redes familiares al final de la época colonial» y «El comercio y el ocaso imperial: el comercio español con Hispanoamérica, 1797-1820» respectivamente. Ortiz de la Tabla señala que hubo una interconexión evidente entre los intereses públicos y privados implicados en los intercambios entre España y América, y un grado de influencia de los segundos sobre los primeros que les permitió determinar la política mercantil metropolitana y, por supuesto, conseguir pingües beneficios. A través de ese entramado de relaciones el autor examina las líneas generales del proyecto borbónico; del denominado *Reglamento de Comercio Libre*.

El artículo de Fisher aborda problemas de carácter más general. Dice que es difícil saber la importancia de la liberalización mercantil para las economías española y americanas, debido fundamentalmente a la falta de estadísticas sobre las exportaciones de las colonias. Ahora bien, examinando las metropolitanas es posible afirmar que las regulaciones de los intercambios con los neutrales de 1797 no eliminaron el antiguo sistema imperial. Es cierto que el proyecto fracasó, especialmente en sus objetivos de fomento industrial en España; ahora bien, sorprende —según Fisher—, el éxito con que los puertos peninsulares, y especialmente el de Cádiz, se ajustaron a la nueva situación y mantuvieron su posición anterior, no obstante las nuevas leyes abrieron un inexorable proceso por el que los americanos, legalmente o de *facto*, comenzaron a comerciar libremente, particularmente con los Estados Unidos y la Gran Bretaña. Esas conclusiones ponen en tela de juicio la vinculación tradicional de las demandas de libertad mercantil con las causas de la emancipación.

Los dos últimos artículos de *Relaciones de poder y comercio colonial*: nuevas perspectivas aportan el contrapunto americano a la compilación. Carmen Parrón Salas examina las «Nuevas perspectivas del Perú colonial y su transición al mundo contemporáneo», y Alfredo Moreno Cebrián, la «Fiscalidad, connivencia, corrupción y adecuación al mercado: la regulación del comercio provincial en México y Perú (1746-1777)». Parrón Salas analiza las reformas borbónicas en el Virreinato peruano y su efecto en el posterior movimiento emancipación y señala la importancia y el poder del Consulado de Lima en esa época, que se mantuvieron a pesar de que dichas reformas trataron precisamente de menoscabarlos, así como de las grandes compañías privilegiadas, los Cinco Gremios y la Real de Filipinas.

En un excelente artículo por la magnitud del tema que abarca y la perspectiva comparada que adopta, Moreno Cebrián coteja el comercio interno de los Virreinos de Nueva España y del Perú y, particularmente, el poder y la influencia de ciertos individuos en esas actividades que, en su opinión, aumentó al amparo de una legislación incorrectamente aplicada y de la corrupción, gracias también a la existencias de una relación de connivencia

con los funcionarios coloniales. Lo más interesante de este trabajo, no obstante, es su conclusión acerca de que con condiciones y mecanismos de actuación similares en ambos territorios, los resultados del proceso descrito fueron muy distintos.

Antonio SANTAMARÍA GARCÍA
Instituto de Historia, CSIC